

LO QUE QUEREMOS Y NO VER A TRAVÉS DE UNA VENTANA

Daniel Inclán

Con el abrupto inicio del confinamiento, además de una sensación de que todo se volvía repentinamente impredecible, crecían preguntas sobre cómo pasó y por qué no se pudo prever. Explicaciones sobre la magnitud de la contingencia desde entonces se han elaborado, para tratar de justificar lo excepcional de la nueva pandemia. Una idea se intenta consolidar a toda costa: no podíamos saber que algo así iba a pasar. Pero hasta qué punto no habitábamos ya un mundo devastado, en el que las cosas caían una a una señalando que todo iba mal. Antes del confinamiento, eufemísticamente llamado distanciamiento social, se podía percibir el desastre alrededor: una violencia contra las mujeres que no paraba y una respuesta fría hasta el punto de la indiferencia por las autoridades (las universitarias incluidas) y la sociedad en general; un medio ambiente hecho pedazos, que cada estación anunciaba un nuevo registro (de calor, de lluvias, de sequías, de heladas, de incendios); un sistema político, que independientemente de quien lo dirija, no hace sino demostrar que vivimos bajo formas de autoritarismo, que depositan en manos de pocas personas las decisiones sobre las vidas colectivas; y la lista puede seguir.

Así, empecé a pensar en el cuento del rey que desnudo se cree vestido, y que se pasea entre su corte presumiendo el traje especial, de una tela igualmente especial, que sólo los selectos pueden reconocer. Para mí el problema no es el rey, que puede ser más o menos idiota que los otros reyes, el problema es la gente, que decide seguirle el juego, hasta el punto de construir el ausente vestido con sus miradas. Negarse a ver termina por componer aquello que deberíamos ver.

La pandemia dejaba de ser un hecho inexplicable, no era lo nuevo, era la expresión de algo que ya estaba construyéndose y que no quise ver, al igual que millones de personas; o, peor, aún, que sabiendo que todo empeoraba el alivio de la distancia hacia creer que aún estaba muy lejos la catástrofe, que era una realidad de geografías empobrecidas, marginadas, lejanas. El colapso está acá, en medio de millones de personas. No es que se acabe todo, que el mundo se destruya de un día a otro; es el hecho de que la vida se vuelve cada vez más precaria, vacía de contenidos. Lo que es imposible ahora es seguir creyendo que con nuestras miradas hacemos esa tela del desnudo vestido del rey, la tela de un mundo amigable, habitable.

Ahí una paradoja, porque una experiencia compartida, por primera vez de manera simultánea por miles de millones de personas, se vive de maneras distintas. Para aquellos que tenemos un pedazo más o menos firme de ese mundo que cae, simulamos que todo está igual o que pronto estará como solía ser. No me deja de sorprender la compulsión académica por seguir como si sólo hubiéramos cambiado de escenario. Las actividades docentes continuaron, muy distintas, pero intentando que fueran idénticas. Las reuniones de trabajo no sólo no pararon, sino que se multiplicaron, con “la facilidad” de los medios digitales; las investigaciones no se reorganizaron para detenerse a pensar el presente, siguieron en sus sendas eruditas; las conferencias vivieron un pequeño parpadeo, pero después de pocas semanas se multiplicaban, “gracias a la tecnología digital”. Esa aceleración en la que vivíamos y que es, en parte responsable de la catástrofe, no se cuestiona. Qué decir de la “economía”, esa tenía que reiniciar lo antes posible (aunque sabemos y no queremos reconocerlo de manera pública, que nunca paró; al tiempo que se encerraban millones de personas había

actividades que no podían frenarse, entre ellas la producción de tecnologías digitales, la producción de alimentos chatarra, la producción de armas, etcétera).

La aceleración es parte del juego en el que construimos la ropa del rey desnudo. Nos movemos a tal velocidad que la triste y dolorosa desnudes del mundo no la podemos ver o no la queremos ver, y es ese movimiento rápido y reiterado el que nos permite creer que no estamos en la intemperie de la realidad. Porque lo que viene será peor, estamos sólo en la entrada de un largo ciclo de catástrofes encadenadas.

Esta puede parecer una mirada pesimista, pero tendríamos que acercarnos y oír las voces de esos millones de personas que lo han perdido todo, o que están en un punto en el que sus vidas ya no dependen de cada persona, sino de sistemas de salud abstractos o de instituciones indiferentes. Ahí está una verdad del mundo, no en el confort de la vida universitaria, no en la simulación de que podemos adaptarnos a lo que viene (porque el porvenir ya está aquí y no pudimos o no quisimos verlo).

Pero a pesar de eso la vida, en sus distintas expresiones sigue adelante. Desde el inicio del encierro forzado y autoasumido sólo salía los sábados para hacer mi despensa y llevarle la suya a mi madre. Hacia un camino a pie de casi diez kilómetros para verla y otros diez para regresar. En el trayecto encontraba expresiones de vida y libertad, que no mejoraban mi ánimo, pero que me demostraban que, aunque todo cae, no todo va a terminar. En medio, en la silenciosa y abandonada ciudad, me encontraba con los sonidos ambientales de los que poco sabía y que nunca había atendido. Los olores también se modificaron, y entre tanta inmundicia empezaron las flores a desprender tímidos perfumes que con un poco de suerte llegaban hasta la altura de mi rostro y se colaban por el cubrebocas. Pero también aparecieron las personas, aquellas de insensata rebeldía que decidían no aceptar las disposiciones de encierro y distanciamiento social, algunas convertían las aceras en sus bares o cantinas y desde tempranas horas empezaban a departir sus cervezas y sus narraciones sobre el mundo. Grupos generalmente de varones, machos que no pierden la oportunidad de demostrar que un virus les es indiferente y pueden organizar brindis espontáneos. Pero también aparecían muestra de cuidado, los novios que con miedo se encontraban en la calle para poder abrazarse; las madres que salían con precauciones a jugar con sus hijos pequeños, para demostrarles que todavía se puede habitar el mundo y disfrutarlo. En medio un desfile de cubrebocas de todos tipos, que ante la homogeneidad del rostro cubierto imprimen un toque de individualidad.

Y la pregunta sobre la mirada del desastre adquiriría otro sentido, gracias a esos gestos de insensata libertad: el rey se puede ver desnudo, al tiempo que se pueden ver otras muchas cosas más, aquellas que la atención del vestido invisible de rey no impide reconocer.

Ahora mientras camino cada fin de semana me propongo mirar lo que los anonimatos comunican, lo que esas vidas que encaran el encierro y la amenaza enuncian como formas de querer vivir. Desde entonces siento que ya no sólo veo desde una ventana, sino que el mundo abierto poco obliga a observar de otra forma.